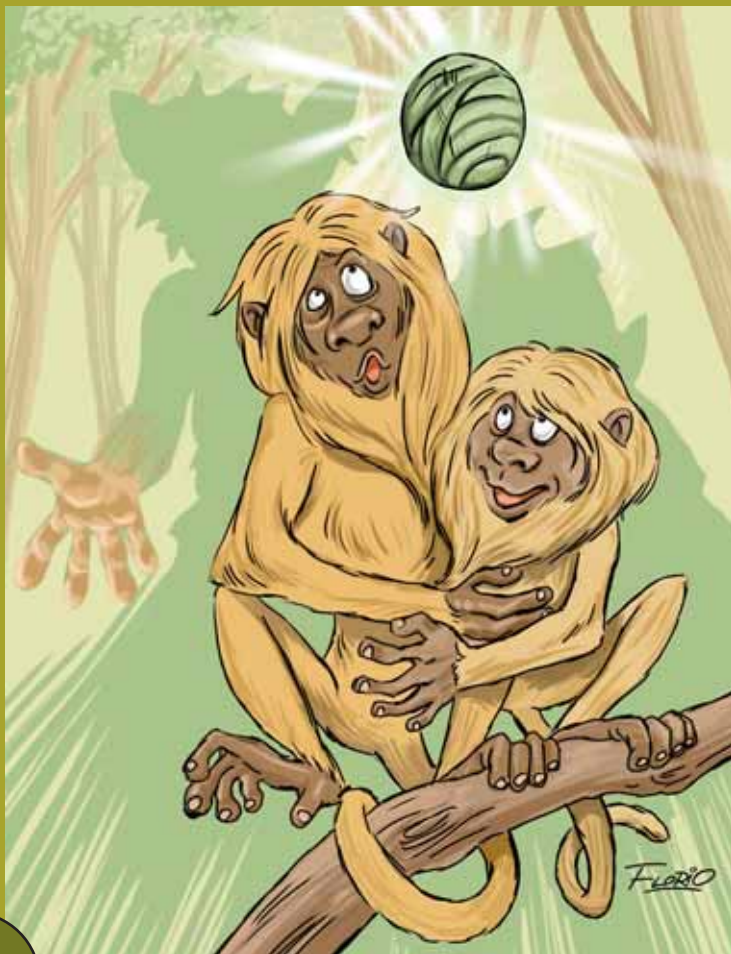


Parque Nacional Mburucuyá

Los espíritus del Paraná

Darío Lobos



Parques Nacionales: leelos, cuidalos, disfrutalos



Los espíritus del Paraná

Darío Lobos

Hacía mucho calor en la selva paranaense, y sólo los mogotes de timbós, lapachos y palmeras servían de manto protector del sol de diciembre. Felipe, el monito carayá, ya no jugaba como antes trepando lianas y balanceándose en ellas como si fuesen una hamaca: bullicioso como era, desde que su papá Manuel había muerto casi que no hablaba, había perdido la alegría y las ganas de jugar.

En esa melancolía, esa tarde de calor le hizo a su mamá Celia una curiosa pregunta:

–Mami... ¿por qué el río Paraná se fue de estos esteros?

Alguna vez papá Manuel le había contado que lo que ahora son los Esteros del Iberá eran el antiguo cauce del Paraná, que corría por los llanos de Corrientes formando un extenso delta. Después el río encontró el cauce por el que actualmente corre, y abandonó los llanos.

“Los espíritus del Paraná”, de Darío Lobos

Ilustraciones: Diego Florio

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: “Parques Nacionales: leelos, cuidalos, disfrutalos”

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2007

–El río no se va nunca –dijo mamá Celia–: nos ha dejado los esteros, que nos traen su recuerdo permanente. Todo lo que se va, no se va del todo. Nos deja sus espíritus protectores.

Ahí notó que su hijito tenía un poco de fiebre. La madre se preocupó todavía más y lo apretó contra su pecho.

–¿Cómo son los espíritus? –preguntó Felipe, adormilándose.

–Ay –exclamó desesperada la madre–. ¡Yo nunca los he visto!

Quiso su suerte que anduviera por allí cerca el ciervo de los pantanos, a la búsqueda de ternos pastizales que le sirvieran de almuerzo, y oyera su lamento.

–Hola, Celia –la saludó el ciervo Cornelio–. ¿Qué te anda pasando?

–Es que Felipe está muy decaído, casi no come y ya no juega como antes. Tengo miedo por él...

Cornelio sacudió la cabeza con un gesto preocupado.

–Hay que pensar un poco –dijo el ciervo–, a ver qué se puede hacer. Las criaturas tienen mucha capacidad para la alegría, para distraerse, jugar...



–Es que siente como que todos lo abandonan, por eso está triste –reflexionó mamá Celia–. Y no creo que exista en el mundo nada capaz de quitar tanta tristeza.

Cornelio sacudió pensativo la cabeza, saludó a la mona y siguió viaje despacito.

El carpincho Tincho miraba fascinado la puesta de sol en los esteros de Santa Lucía; su amigo el yacaré overo se había ido a descansar, pero él todavía no tenía sueño y decidió pegarse otro chapuzón. Era un magnífico nadador y le encantaba el buceo, sus patas como de rana le ayudaban a desplazarse por el agua con gran estilo. Al salir de nuevo a la orilla, vio que el ciervo Cornelio lo estaba esperando.

Conversaron un largo rato y luego cada uno se fue para su lado, mientras caía la noche sobre los esteros del Parque Nacional Mburucuyá. Sólo la una y los espíritus del antiguo cauce del Paraná fueron testigos de lo que se dijeron esa tardecita el ciervo de los pantanos y el carpincho Tincho.

–Mami... ¿por qué el Paraná nos dejó solos?

–insistía, quejoso, Felipe. Mamá Celia se dio cuenta de que tenía mucha fiebre, y entre sus frases a veces

incomprensibles se le escuchaba decir:

–Papá... Papá Manuel...

A Celia se le caían las lágrimas, pero a pesar de todo sacó fuerzas y le cantó a su monito una esperanzada canción:

*Duérmete a mi lado,
mi monito carayá,
que tu sueño están velando
tus papás y el Paraná.*

*Duérmete, Felipe
de mi corazón,
que mañana a la mañana
volverá a salir el sol.*

*Ojalá que alguien se acuerde
de nuestra felicidad.
Que tengas felices sueños,
mi monito carayá.*

*Espíritus de estos llanos,
selva, pastizal y río,
nunca nos dejen del todo,
que nos da miedo el olvido.*

*Las estrellas desde el cielo
alumbran Mburucuyá,
y el viento acaricia el sueño
del monito carayá.*



Felipe se había quedado dormido en los brazos de su mamá, que le colocaba agua fresca en la frente para atenuar la fiebre. Hasta que de pronto un ruido los sobresaltó. Felipe y mamá Celia abrieron los ojos grandotes: eran los espíritus del Paraná, uno petiso y gordo con un manto de flores rojas de ceibo, y el otro tenía una capa hecha de camalotes (que no le tapaba las patas embarradas) y una corona de flores de mburucuyá (que no conseguían esconder del todo una enigmática cornamenta).



Mamá Celia se emocionó hasta las lágrimas: eran los espíritus del Paraná que andaban de ronda por el Parque.

–Tenías razón, mami –dijo con voz débil pero alegre Felipe–, no nos han abandonado...

–Gracias, amigos, por esta alegría –dijo, entre lágrimas, mamá Celia.

Los “espíritus del Paraná” ejecutaron una especie de danza ritual -no parecían ser muy buenos bailarines-, sacudiendo sus capas y haciendo reverencias -el que era petiso y gordo hasta tropezó un par de veces-, y antes de desaparecer en la noche le entregaron a Felipe una hermosa pelota hecha de juncos, un regalo que al monito le llenó los ojos de luz.

Felipe se durmió abrazado a ella, y extrañamente la fiebre comenzó a bajar.

Al día siguiente, lo despertó el beso cariñoso de mamá Celia.

–Buen día, hijo mío –le dijo plena de alegría.

–Buen día, mami –gritó alborozado Felipe mientras comenzaba a correr locamente detrás de la flamante pelota.

Su hijo había renacido, Celia pensó en Manuel y no pudo evitar una sonrisa al recordar la torpe danza de los espíritus del río.



Ese mediodía, Cornelio y Tincho estaban tirados descansando a orillas del arroyo Portillo, cuando acertó a pasar por ahí la feliz mamá Celia.

–Hola, Cornelio –saludó a su compadre–, no sabés lo bien que está Felipe. Los espíritus del Paraná vinieron anoche a visitarnos y le regalaron una pelota; él ha mejorado completamente y le han vuelto las ganas de jugar.

–Me alegro muchísimo, Celia –dijo el ciervo–. Este es mi amigo el carpincho Tincho.

–Mucho gusto –dijo Celia estudiándolo (le parecía conocido)–. Tengo la impresión de que ya lo he visto antes –agregó.

–No creo... no creo –contestó el carpincho mientras trataba de ocultar entre los pastizales un montón de camalotes, mburucuyás y flores de ceibo trenzadas.

A lo lejos se escuchaba otra vez el alegre bullicio del monito carayá.

LA CONCURRIDA PLANTA DE MBURUCUYÁ

Una enredadera nativa es quien le da su nombre guaraní a este Parque Nacional y a su localidad vecina.

EL PARQUE



El Parque Nacional Mburucuyá conserva los ambientes que ayudaron a generar la identidad particular de los habitantes locales.

DATOS ÚTILES

Creación: 27 de junio de 2001, por ley 25.447.
Ubicación: al noroeste de la provincia de Corrientes.
Superficie: 17.660 ha.
Clima: subtropical húmedo.
¿Qué protege?: una muestra representativa de los pastizales, esteros y montes correntinos.
Origen del nombre: el parque lo tomó de la localidad vecina; mburucuyá es la denominación genérica que los guaraníes dan a las pasionarias, grupo de enredaderas numerosas en el noroeste correntino.
Localidades cercanas: Mburucuyá (11 Km)
Concepción (56 Km)



FRUTO
Sus complejas y vistosas flores le valieron un lugar en jardines de Europa donde se la cultiva. Produce dulces frutos de piel naranja y rojo corazón.

INSECTOS
Una enorme variedad de insectos visita esta planta o vive sobre ella. La larva de la "mariposa de los espejitos" se alimenta de sus hojas.

- Cuando encuentres una planta de mburucuyá buscá sobre sus hojas y flores. Encontrarás a algunos de sus visitantes. Cultivando una en tu jardín atraerás insectos y aves.



Las aves comen sus frutos y esparcen sus semillas, ayudando a la dispersión de esta planta cuya presencia disminuye debido al intenso uso que se da en la medicina popular como sedante.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Ministro de Educación, Ciencia y Tecnología
Lic. Daniel Filmus

Jefe de la Unidad de Programas Especiales
Prof. Ignacio Hernaiz

Coordinadora de la Campaña Nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan

Equipo de Campaña Nacional de Lectura
Diseño Gráfico: Micaela Bueno, Juan Salvador de Tullio,
Mariana Monteserin y Paula Salvatierra.
Comunicación: Leticia Zattara. Secretario: Gastón Havandjian.
Administración: Alejandra Arnau, Bruno Rosenberg, Ignacio Infantino.

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Tel: (011) 4129-1075 / campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

ADMINISTRACIÓN DE PARQUES NACIONALES

Directorio

Ing. Agr. Héctor Espina (Presidente); Juan Carlos Garitano (Vicepresidente);
Dra. Patricia Gandini (Vocal); Raul Chiesa (Vocal); Lic. Cristina Armata (Vocal)

Director Nacional de Conservación de Áreas Protegidas
Lic. Roberto Molinari

Directora de Interpretación y Extensión Ambiental
Florencia Lance

Equipo de trabajo para la Campaña: Pablo Reggio, María Eugenia Nalé,
Cristian Blanco, Gisela Jaure, Mariana Altamiranda y Alicia Liva.

Alsina 1418 6º piso (1188) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: (011) 4381-8606 / educacion@apn.gov.ar - www.parquesnacionales.gov.ar

RED DE LECTORES

Si querés conectarte con los chicos de las escuelas cercanas al Parque Nacional Mburucuyá podés hacerlo escribiéndoles a Belgrano 997. Mburucuyá. C.C. N°1. (C. P. N° 3427). Provincia de Corrientes.
Por correo electrónico a mburucuya@apn.gov.ar



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA

Campana Nacional de Lectura 

